

Al Final... No era cuestión de Clases

¿Me tocará ser el secuestrado o el secuestrador?

Habrà una situación, una situación violenta, en la que uno de nosotros golpeará al otro en la nuca con fuerza, lo subirá medio desmayado a un auto y lo mantendrá atado y cautivo en un sitio alejado.

Luego, mientras estemos esperando por el pago del rescate, se establecerá un vínculo, nos conoceremos, nos comprenderemos un poco.

Falta definir qué papel cumplirá cada uno.

Pero eso no depende de nosotros, eso se está decidiendo en una oscura oficina del Ministerio de Economía.

Un ramal debe cerrar. El ministro ha dicho que no financiará ferrocarriles deficitarios. No acepta argumentos sobre las consecuencias en la economía y en la vida de la zona. "Ramal que da pérdidas, ramal que cierra". Y punto.

Los técnicos de la empresa han calculado que unificando estructuras y gastos fijos se puede rescatar uno de los dos ramales. Pero ¿cuál? ¿El ramal Norte o el Sureste?

Aún no hemos nacido pero en esa decisión se juega nuestro destino. En el ramal Norte trabaja mi abuelo, en el sureste el suyo.

¿Quién seré mañana?

Hay dos hombres, dos trabajadores ferroviarios con trayectorias similares. Uno seguirá con su trabajo y su rutina. Podrá dar a sus hijos salud y educación. Podrá transmitirle sus valores. Vivirá bastante y gozará del respeto de su descendencia.

El otro verá a su pueblo morir, cobrará una indemnización que no podrá invertir ni en los bancos (por el corralito), ni en su pueblo porque no queda nadie que pueda comprar nada. Se irá a la capital a probar suerte, verá desvanecerse sus ahorros. Terminará en una villa viendo a su descendencia degradarse poco a poco. Sus valores no servirán de nada en éste lugar donde la supervivencia se gana a las piñas. Vivirá avergonzado unos pocos años más y morirá.

¿Cuál de los dos será mi abuelo? Depende del Ministerio, depende del ramal que elijan...

Ya está. Decidieron el Sureste. Las líneas históricas ya fueron trazadas. Mi abuelo morirá ferroviario. El suyo morirá villero.

Ahí sentí el golpe en la nuca. Me arrastraron hacia un auto, me encapucharon y caí desmayado. Desperté atado a una silla. Él me vigilaba. Estaba sentado frente mí. Tenía cara de bueno, quizás un poco tonto. Me sonrió. Tenía una pistola en la cintura. Pasaron unos minutos y el silencio se hizo incómodo.

Daba la impresión que él no pensaba decir nada. Entonces me decidí a conversar. No le pregunté por mi situación, era demasiado obvia. Le pregunté más bien algo de fútbol para romper el hielo.

- ¿Como salió Independiente al final?

Parece aliviado. Quizás esperaba una puteada o un reproche. Se muestra contento.

- Ganamos 2 a 0. Ahora van a venir cagados esos ecuatorianos.
- Ah. Sos de Independiente. Mi mamá era fanática.

Ahí la conversación se fue para el lado de las madres. Nos pusimos un poco nostálgicos. Ambos las habíamos perdido.

Le conté que la mía había sido hermosa, que estudió farmacología en la Capital y que después mi abuelo la ayudó a poner su propia farmacia en el pueblo, que ahí conoció a mi papá, el bioquímico de la zona, que se casaron y que a los dos años nació yo.

- Mi mamá también era hermosa - largó como dolorido - pero se arruinó. Me acuerdo que nos mostraba fotos de cuando vivía en el pueblo, ahí estaba linda con el pelo largo, bien vestida, la sonrisa perfecta, flaquita... tenían plata. Bah, no eran ricos pero vivían bien, mi abuelo era ferroviario, tenía un cargo alto me cuentan.
- ¿Ferroviario? Mi abuelo también fue ferroviario.

Por ese lado podía entrarle, teníamos algo en común. Él preguntó primero:

- ¿Lo cerraron?
- ¿Que cosa?

- El tren. A mi abuelo lo dejaron en la calle.
- No, no. El mío trabajó toda su vida en los trenes. Hasta que se jubiló.
- ¡Qué suerte!

Estuve a punto de decirle que la suerte no existe que cada uno se forja su destino. Estuve a punto de decirle que era muy bajo achacar su situación actual a su abuelo y a un gobierno de hace más de veinte años.

Estuve a punto de decirle que si se hizo delincuente fue porque él mismo lo había decidido, que no se justificara culpando a las circunstancias. Pero considerando que yo estaba atado y él armado reconsideré mi respuesta y decidí continuar alimentando el buen trato que parecía haber surgido entre los dos así que simplemente dije:

- Si, la verdad tuvimos mucha suerte!
- Nosotros no – respondió - Mi abuelo siempre contaba que cuando cerraron el tren se murieron todos los pueblos del ramal sureste. El trató de quedarse, invirtió toda la indemnización en su negocio pero toda la gente se iba yendo, ya no quedaba a quién venderle nada. Al final se quedaron sin un peso y terminaron en la villa. Encima con mi mamá embarazada.

Otra vez tenía muchos argumentos para replicar. Si era evidente la debacle del pueblo ¿Para qué se quedaron? No hay lugar para los sentimientos en los negocios. Hubieran agarrado su plata e invertido en alguna ciudad importante. Apostaron en contra de un destino inevitable y así les fue.

Pero, como dije, él tenía un arma así que traté de mantener el diálogo en los mejores términos posibles, entonces lo alenté a que siguiera con su relato:

- Contame sobre tu madre.
- Mamá era hermosa también. Pero le duró poco. Cuando salieron del pueblo,

porque ya no les quedaba otra, me esperaba a mí. No dijo nada hasta que ya no lo pudo esconder más, le daba mucha vergüenza porque mi papá ya no estaba; su familia fue de las primeras en salir del pueblo y cuando ella se dio cuenta que yo venía ya se lo habían llevado. No le pudo decir... en ese tiempo no había celulares, ni Facebook...

Se ríe un poco y yo lo acompaño. Le hago un gesto para que siga contando.

- Bueno. Ahí se complicó todo más todavía. Se instalaron en la villa, comían poco y mal. Yo iba creciendo en la panza de ella y parece que me alimentaba de sus huesos. Se le fueron careando los dientes... después vinieron unos chicos de la Facultad pero no los arreglaban, te los sacaban de una. No cobraban nada así que no había mucho para protestar. Jaja. Además, como vivían a pan y fideo, se puso gorda y, como no había para peluquería, se tuvo que cortar el pelo cortito a lo va...

Lo interrumpieron otros dos que entraron como una tromba. Uno de ellos, el más viejo, comenzó a los gritos:

- ¿QUÉ HACE ESTE SIN CAPUCHA?

Pero ahí nomas cambió el tono y le dijo con una sonrisa de satisfacción

- No importa. ¡Ya está! Ya pagaron muy buena guita por éste Gil.

Y dijo las palabras que me helaron la panza:

- Bajalo nomás.

Él respiró como para decir algo pero se lo tragó. Sacó la pistola y se puso detrás de mí. Antes de cerrar los ojos para esperar el disparo pude ver que vaciaban sobre la mesa una mochila con fajos de guita.

Entonces sentí que las sogas se aflojaban. Lo escuché murmurar:

- Asesino no soy...

En ese momento los otros se percatan de la situación.

- ¿Qué dijiste pelotudo?

Amagaron sacar las armas pero mi secuestrador los apuntó con su pistola.

- ¡Que no soy asesino! Vos dijiste.... Ya pagaron. Éste se va.

Para esto yo ya estaba desatado y de pie. Ellos seguían a los gritos. Yo estaba muy mareado.

De un tirón me ubicó detrás de él, fuimos retrocediendo hasta la puerta, él seguía apuntándonos.

Alcancé a salir y noté que la puerta tenía tranca del lado de afuera, en un segundo recuperé la lucidez. Soy eficiente, por algo llegué a ser el empresario del año. Hice lo que tenía que hacer. Lo empujé hacia adentro y cerré la puerta con tranca a su espalda. Mientras él luchara por su vida yo tendría tiempo de huir. Corrí lo más rápido que pude en busca de una comisaría. Se escucharon algunos disparos. No me preocupé. Mi vida era más importante que la de esa lacra. Ellos sabían desde un primer momento que el camino que eligieron podía terminar así.

A los pocos metros pude ver que había unos patrulleros. Ya iba llegando. Así debían ser las cosas.

Pero no fueron así.

Hubo una contraorden en el Ministerio.

- No se puede cerrar el sureste porque un primo del ministro es intendente en uno de los pueblos que atraviesa y hay que cuidarlo. Vamos a cerrar el Norte.

Una simple decisión tomada hace mucho tiempo. La mariposa giró solo un poco antes de batir sus alas y el tornado resultante fue a pasar por otras tierras.

Todo cambió.

Fue mi abuelo el boludo que se comió su indemnización tratando de salvar un pueblo que ya estaba muerto.

Fue mi abuelo el cobarde que se terminó tirando abajo de un tren que todavía andaba.

Fue mi abuelo el que dejó desamparada a su hija embarazada.

Y fue mi madre la que se tuvo que prostituir teniéndome ya en la panza para poder comer.

Fue mi madre la que se volvió adicta a cualquier sustancia que la hiciera olvidar un poco de la realidad en la que había caído.

Fue mi madre la que se terminó juntando a fuerza de trompadas con mi padrastro, un delincuented polifuncional que responde leal y ciegamente a las directivas de unos jefes que ni siquiera conoce.

Y fue mi padrastro el que de chiquito me enseñó el "oficio".

Y fue mi padrastro el que organizó este secuestro.

Y ahora soy yo el que está con la pistola en la cintura cuidando a este gil que pone cara de buenito y que se me hace el amigo chamuyendo por el lado de que su abuelo fue ferroviario igual que el mío.

Yo lo dejo que hable. Si habla se tranquiliza y yo no tengo problemas.

Igual yo no me ablando. Que chamuye lo que quiera. Yo los conozco a estos giles. Se creen la gran cosa pero no saben nada. Nunca pasaron hambre, nunca los cagaron a cintazos por querer ir a la escuela cuando tu viejo te necesita para un afano, la gente nunca se cruzó de vereda porque venían de fente, nunca los violaron en una comisaría. ¿Que saben los ortivas estos que se hacen los buenitos?

Por eso cuando entran con la guita y mi padrastro me dice canuto: "Ya pagaron, bajalo nomás".

Yo me voy despacito por atrás, le sobo un poco el lomo, le apoyo un almohadón en la nuca, le arrimo la 38 y le sacudo un tiro. El chabón llegó hasta acá y yo sigo vivo.

Yo no me preocupo. Yo soy eficiente. Voy a llegar lejos en esta organización.

Dario Einás